

LESSING, Gotthold Ephraim: *Emilia Galotti*. Edición y traducción de Jordi Jané. Cátedra, Madrid, 1998. Col. Letras Universales, 263. 165 pág.

En el pasado número de la *Revista de Filología Alemana* se dejaba constancia de la recuperación de un género literario maltratado hasta ahora por los editores de nuestro país: el teatro. Si 1996 fue un año lleno de novedades editoriales en ese campo, y por lo que a las letras alemanas en España se refiere, un año significativo por la edición de obras necesarias en el mercado español (recuérdense como ejemplo las ediciones de Hans Sachs, Arthur Schnitzler, Friedrich Schiller y Goethe, junto a autores más cercanos a nosotros como Bertolt Brecht, Friedrich Dürrenmatt o Heiner Müller), 1997 y lo que hasta ahora ha transcurrido de 1998 no lo han sido menos. La obra que aquí nos ocupa merece seguramente un lugar destacado entre todas ellas por ser sin duda alguna si no la única que lo merezca, sí la más importante del autor más polifacético del Siglo de las Luces en Alemania, un siglo que, no por recibir el mismo nombre presenta las mismas características que en el resto de los países europeos.

Emilia Galotti se convierte involuntariamente en la protagonista de una tragedia de corte absolutamente clásico (cinco actos que siguen de principio la estructura exposición-desarrollo-clímax-giro-desenlace) que Lessing elaboró tomando como modelo un tema de la Antigüedad Clásica recogido por Tito Livio: la historia de la plebeya Virginia, prometida a un joven defensor de los derechos de esa clase social y a la que el decenviro Apio Claudio intenta seducir, una situación ante la cual el padre no ve otra solución que la muerte de su hija, hecho que, además de preservar su honor, propicia la rebelión de los plebeyos, con el consiguiente destierro de los decenviros y el restablecimiento de la ley en Roma. La tragedia de Lessing no presenta en ningún momento este ánimo revolucionario, pero sí pretende una finalidad: la crítica del poder ejercido de forma arbitraria, amén de ensalzar a la clase social que, gracias a él, se convirtió desde ese momento en el centro de la práctica totalidad de las producciones literarias, la burguesía, cuyos valores sólidos y su estricta moral debían estar siempre por encima de las actitudes de nobles y príncipes.

La traducción de Jordi Jané, a pesar de las advertencias que nos hace en el prólogo, recupera en castellano el estilo del lenguaje de la época. No sólo eso es encomiable, sino que el estudio introductorio que la precede aclara puntos fundamentales respecto de la *Aufklärung* alemana y sitúa la obra de Lessing dentro de ese espacio a veces difícil de abordar para el lector español que lo contempla desde una perspectiva de corte más afrancesado y riguroso. Lessing, por el contrario, fue uno de los mayores detractores que las producciones literarias francesas, con su rigidez y su racionalidad, tuvieron en Alemania. Consciente de la posibilidad de aunar razón y sentimiento (*Emilia Galotti* demuestra cómo esta posibilidad puede convertirse en realidad), Lessing sintió una gran admiración por los escritores ingleses, a los que tomó como modelo, un hecho decisivo que explica en parte por qué la literatura de la *Aufklärung* alemana difiere del resto de las producciones literarias europeas de ese mismo periodo.

A pesar de la distancia en el tiempo, *Emilia Galotti* sigue manteniendo viva su actualidad. Seguramente el final de Emilia resultaría ahora demasiado trágico, no así la desolación del príncipe al comprobar el resultado de su plan, y es que la edición española de *Emilia Galotti* coincide con unos momentos en que la arbitrariedad del poder se está haciendo costumbre y se ha convertido ya prácticamente en uno de los motores fundamentales de la sociedad occidental. Un hecho que justifica por qué siempre es bueno leer a los clásicos.

Isabel Hernández